

XVII

La resolución de curar un mal de amor privándose de la vista y trato del ser querido, es como los demás remedios que suelen recetarse para la gran enfermedad sentimental: útil si el mal es leve, inútil si ya se ha apoderado del alma. Abstenerse de la vista para quitar la afición es como pretender extinguir la sed apartándose de la fuente cuyas aguas son las únicas que pueden apagarla. Yo empecé á practicar el sistema de alejamiento: salí por las mañanas á fin de no encontrarme en mi habitación cuando Feíta fuese á la librería: renuncié á dar paseos largos, por si la casualidad hacía que nos tropezásemos en algún huerto ó en algún peñascal de la ribera: á casa de Neira, ni arrastras: la Pecera fué mi asilo. Mas noté que con este género de vida no me sufría á mí propio. Lo de menos era el cambio de mis hábitos: lo grave, mi estado moral: mi descontento, mi inquietud, el estéril hervor de mi fantasía, y es-

pecialmente la desagradable sensación, nueva para mí, de fastidio—preciso es llamarle por su nombre —, de tedio mortal, el verdadero cáncer del celibato, que antes no había padecido nunca, ni durante mis noviajos sosos, ni al romperlos, ni en las temporadas en que me hallé absolutamente solo conmigo mismo... Este tedio no era sino la protesta de mi sensibilidad reprimida, la plétora del corazón que quiere funcionar, que reclama su parte de emociones, de fruiciones y hasta de sufrimiento—los vapores nerviosos que, al acercarse la edad madura, oscurecen el cerebro del hombre como desequilibran el temperamento de la mujer...—Que no se puede ser impasible; que necesitamos sentir, aunque el sentir nos atormente, y que ciertos estados de alma no piden retraimiento, piden guerra y conflicto...

Desde que me impuse, como penitencia saludable, la obligación de no ver á nadie de la familia Neira—ni siquiera al papá—me entró un deseo extraordinario de saber de ella, pareciéndome que sólo en aquella casa podría quitárseme el esplín. Oía hablar continuamente de las muchachas en la Pecera, á donde concurrían por la tarde Baltasar Sobrado y el Gobernador, que recibían bromas picantes, y las rechazaban con ese tono de afectación y reserva—la peor, la más sospechosa de las actitudes cuando se trata de la honra de una mujer—. Si ellos no estaban presentes, se discutían acaloradamente las probabilidades de boda: había partidarios de que Baltasar acabaría por casarse, y

otros que no lo creían posible. Estos últimos alegaban, como razón concluyente, que D. Baltasar no se decidiría á contraer matrimonio mientras el compañero Sobrado le tuviese bajo la amenaza de volar con dinamita la casa, y á su padre dentro. Era público y notorio que se jactaba de realizarlo, y muchos le suponían capaz de cumplir en todas sus partes la amenaza. «Ese Sobrado es un mozo cruo»—decían—, «no se achicará. Si se casa D. Baltasar, ya puede hacerlo en secreto, largarse de Marineda y no volver en veinte años. De otra manera... ¡puum! Habrá toros y cañas». Algunos se mostraban excépticos: el compañero sería probablemente lo mismo que todos sus correligionarios, que si cumpliesen cuanto anuncian, no quedaría á vida un mosquito. Perro ladrador nunca mordedor, y no es tan fiero el león como la gente lo pinta. Que D. Baltasar se riese, que D. Baltasar no hiciese caso de espantajos, y el compañero le dejaría en paz, máxime si D. Baltasar tenía la feliz ocurrencia de señalar á la madre del compañero una pensión que permitiese á éste respirar con algún desahogo y no trabajar como un negro en la imprenta de *El Navitiliense*—donde muchas quincenas no se cobraba, sobre todo cuando los de *El Navitiliense* no gozaban las dulzuras del poder...

Estas discusiones acerca del compañero eran como de encargo para avivar en mí el recuerdo y la imagen de Feíta. Siempre que se nombraba al tipógrafo, yo pensaba en la niña, y por centésima vez discurría, mortificado y sobre-

saltado: —¿Pero podrá ser que acepte semejante galán? —Analizaba las palabras de Feíta cuando en la librería me enteró de su encuentro con el compañero, sus expresiones de simpatía, la afirmación de que le había parecido ilustrado, la indulgencia de su modo de juzgar al joven socialista. ¿Y por qué no había de agrandar éste á mujer tan excéntrica, que probablemente tenía un ideal opuesto al de las demás señoritas marinedinas? ¿Qué importa una blusa, qué una gorra, qué una camisa sin planchar, á quien como Feíta desdeña formulismos y busca directamente la inteligencia y el carácter? La misma personalidad del *compañero*, amigo y corresponsal del célebre Pablo Iglesias; sus discursos en los *meetings*, su actitud de propagandista—todo añadido á su juventud y á su hermosura varonil, que sólo necesitaba algo de aliño para brillar—eran razones más que suficientes para que Feíta pudiese ablandarse y compartir un sentimiento siempre halagüeño para la mujer.

De las angustias de los celos, tal vez la más cruel es la que podría llamarse la obsesión del rival. Extraño género de padecimiento, curiosa forma de una pasión en que todo es ilógico. Aunque mis celos no revistiesen el carácter siniestro y feroz que adquieren después de que nos ha pertenecido una mujer, la manera de ser libre y rebelde de Feíta hacía que, á pesar de su doncellez, me inspirase esa furia que sólo suele inspirar la casada: matiz psicológico difícil de explicar, pero que se comprende. Ya he dicho que esta ponzoñosa mordedura de los

celos fué precisamente la que me reveló mi trastorno. Si yo pudiese esperar convalecencia, perdería la esperanza al ver que pensaba á todas horas en el *compañero*, y notar el singular afán que tenía de verle, de fijarme bien en su cara, de detallarla con la ardiente y sagaz ojeada del enemigo.

Fué tan terco el antojo, que empecé á rebuscar pretextos para cumplirlo. A mano tenía la excusa que siempre nos damos á nosotros mismos cuando cedemos á los impulsos desordenados de la voluntad. La comisión de D. Benicio Neira estaba sin cumplir, lo cual no me parecía justo. D. Benicio fiaba en mí; me había encargado de explorar al compañero; yo había prometido hacerlo, y la palabra obliga. Mi lealtad me impulsaba á tener una entrevista con el tipógrafo. Al menos, así quise creerlo.

Desde que hallé el pretexto, me faltó tiempo para aprovecharlo. Ansiaba la hora de encontrarme con el agitador, de saciar mi curiosidad hostil mirándole como si no le conociese. Realmente, aunque le había visto mil veces de lejos y en la calle, hoy el compañero era para mí otra persona, y su faz, su voz, su aire habían adquirido el valor y la significación que tienen los menores detalles del individuo que influye poderosamente en nuestra vida afectiva.

¿Cómo acercarme á Sobrado de manera que le permitiese acogerme sin desconfianza? Una conversación con el Gobernador me dió la entrada en materia. «¿Sabe usted, Pareja—dijo Mejía en la Pecera una noche, momentos antes

de descolgar el abrigo para irse á la tertulia de Neira—que debía algún bien intencionado prevenir á ese mocito... al compañero, vamos, al fantasmón que trae aterrorizado á medio mundo, de que si no se modera y deja en paz al amigo Baltasar, va á encontrarse con la horma de su zapato?» Al hablar así, el rostro de Mejía mostraba una dureza semiburlona, una expresión de desprecio agresivo, de mal agüero para el socialista. «Puede que ese nene se figure que yo le he consentir ser aquí *o terror dos burguezes...* Ha escogido mal momento. Tenemos instrucciones categóricas... y ejemplos del sistema que hay que seguir con los revoltosos. Si inicia trabajos para preparar la manifestación y la huelga de 1.º de Mayo, se ha caído. Y aunque no los inicie, como yo vea que se siente ni el olor de la dinamita, ó que la nombran solamente... No pienso anunciar medidas de represión. Eso sería dar la voz de alarma. ¡Chitito, y que se le vaya un pie al compañero!... ¿No me acompaña usted á casa de Neira? ¡Pillín! A usted le han dado calabazas, no me cabe duda...» Y Mejía se eclipsó, dejándome en posesión del recurso que necesitaba.

Avistarme con el tipógrafo no me pareció difícil. *El Nautilense* salía á luz por la mañana, y se componía y tiraba de noche. El compañero no entraba á trabajar hasta las ocho bien dadas. Hacia las siete se le encontraba de fijo en un cafetucho llamado «de América», medio escondido bajo los soportales de la Marina, casi frente al Espolón, lugar frecuentado por la gen-

tualla del muelle. Allí me resolví á buscar á mi rival, y al otro día de mi conversación con el gobernador, entre dos luces, y vestido del modo que juzgué más á propósito para entrar en establecimiento tan ajeno á mis gustos y costumbres, pasé el umbral del cafetucho y fui resueltamente á sentarme ante una de las mesas de zinc, manchada y pegajosa de las copas y del café que en ella se había servido á los marineros y á los cargadores.

Fué uno de los momentos en que mejor he sentido la diferencia entre las clases sociales. Aquel recinto mal oliente, oscuro y angosto, con el piso sucio de gargajos y colillas, alumbrado por lámparas que atufaban y que habían señalado en el techo un círculo negro, servido por un mozo de remendada chaqueta y macilento rostro reñido con la navaja barberil desde hacía un mes, era la Pecera, era el centro recreativo del hombre de quien se me ocurría estar celoso. Allí venía á descansar de sus fatigas, á exaltarse con los periódicos, á saborear la taza del negro brebaje de infusión de bellotas, el hijo espúreo, el guripa del arroyo, el político por desesperación, el jornalero á quien yo juzgaba capaz de hacer latir el corazón de una señorita, que, por emancipada que la supongamos, no podía haber suprimido de repente los escrúpulos de delicadeza de la mujer, la cual difícilmente olvida las distancias y hasta las diferencias de jabón y de planchado en la ropa. Si yo advertía repugnancia profunda á aquel lugar innoble, vivo deseo de abandonarlo, y

una especie de náusea cuando el camarero me puso delante, á petición mía, una botella de cerveza y una turbia copa, ¿qué sería para Feíta la proximidad de un obrero, de un tío de blusa, que llevaría en la piel rastros de su profesión y la atmósfera de sitios como éste y otros peores?

Mi opinión se modificó apenas entró el que yo esperaba, el compañero Sobrado, hacia quien me dirigí, tendiéndole la diestra.



XVIII

Mis ojos se clavaron en él, estudiándole para establecer esa comparación minuciosa, forma inevitable de los celos. Y aunque mi vanidad y mi amor propio sufran, debo confesar que reconocí ventajas en el tipógrafo. Veintiséis años contaría, y á pesar de ciertos rasgos fisionómicos en que había sellado su paternidad don Baltasar, á quien se parecía era á su madre, á la hermosa cigarrera, flor de la Fábrica de tabacos, y ejemplar popular de lo más neto y brioso. Hay tipos femeninos que ganan al ser transmitidos á un varón. El de la *Tribuna*, aunque magnífico, siempre me había parecido material. En su hijo resultaba, si no exquisitamente fino, más espiritual é inteligente. El tipógrafo era moreno; sus facciones expresivas, que apenas empezaba á marchitar el trabajo nocturno, tenían alma, unida á esa corrección de líneas que se observa en los modelos italianos; su bigote chico descubría una boca

fresca, unos dientes blancos é irreprochables; su pelo se rizaba y caía gracioso sobre la lisa frente, y sus ojos negrísimos, algo tristes, cuando hablaba despedían fuego. Una blusa azul, casi nueva y mal cortada, desfiguraba las buenas proporciones de su cuerpo, que así y todo se adivinaba nervioso y robusto. En suma, mi presunto rival había salido guapo é interesante, como cree el vulgo que salen siempre los *hijos del amor*, criaturas á quienes la desgracia ó la dureza de un padre sujeta á una esfera social para la cual no nacieron. La cara del socialista era una protesta contra la suerte. En lo físico y en lo moral me pareció—y al notar-lo me reconcomí de despecho—que el mozo era pintado para ocupar la imaginación de Feíta, como Feíta ocupaba la mía. No tenía yo delante á un adocenado obrerete, á un pelagatos por el estilo del que venció la afectada esquizofrenia de Tula, la hija mayor de Neira. El compañero reunía condiciones especiales; quizás entre los que en Marineda vestían levita no existiese ninguno tan á propósito para impresionar á la extravagante como aquel galán de blusa y gorri-lla de seda.

Cuando le tendí la mano, dudó y retrocedió: su actitud fué hosca y glacial; al fin, venciéndose, me alargó la diestra á su vez. La presión con que correspondió á mi movimiento me pareció nerviosa; la mano estaba fría: un pedazo de mármol que suda. Acaso estrechaba por primera vez la diestra de un burgués; acaso recelaba que yo me burlase de él tratándole con

demasiada cortesía. Me dió sordamente las buenas noches, y le convidé á sentarse á mi mesa. «Tengo que hablarle—dije sin rodeos—y creo que aquí es buen sitio. ¿Nos oirán?»

—No—respondió, mirándome de soslayo y como si se aprestase á defenderse—. Aquí se tratan cosas más reservadas que las que usted pueda traer. Colocándonos en el rincón, ¿ve usted?, cerquita del soportal... y bajando la voz... se van las palabras hacia la calle, y esos que juegan al dominó allá atrás, sólo podrían coger, caso que atendiesen, alguna palabra suelta.

—¿Qué va usted á tomar?—pregunté, trasladándome al sitio indicado por el compañero y situándome de modo que el ruido del diálogo se perdiese en aire libre.

—Café—respondió—. Vengo de cenar, y aquí echo la taza de café y la copa todos los días.

—¿Copa... de algún anisado.. de... de aguardiente?

—Dispense... De *fine champagne*.

—¡Mozo, coñac del mejor, y dos tazas de café!—ordené, sin dar indicios de que me sorprendía tal refinamiento.

—Sírvase decir lo que guste, porque sólo dispongo de veinticinco minutos. Tengo que largarme á la imprenta. Los hijos del trabajo no derrochamos el tiempo como...

—Como nosotros—respondí sonriendo, no sin un matiz de ironía—. No le robaré á usted más que esos minutos, si usted se hace cargo de que me guían las mejores intenciones.

—Sepamos de qué se trata—barbotó con desconfianza y mal humor, apoyando los codos en la mesa y la quijada en las palmas, de suerte que la carne de sus mejillas subiendo á los ojos, se los achicaba extrañamente. En aquella posición me pareció feo y ordinario, lo cual me consoló.

—Se trata de un aviso que quiero darle á usted.

—¿Un aviso?... Y usted, ¿á honra de qué santo me da avisos á mí? Por interés mío no será, de seguro.

—¿Usted qué sabe?

—¿No he de saber? Sin cuidado le tendría á usted y á *los otros* que yo reventase... En fin, sea por lo que sea, venga ese aviso, que yo lo tomaré... si se me antoja.

—Muy lógico—respondí sin poder reprimir á mi vez la irritación—. Usted no se fíe de mí, pero escuche y haga luego lo que le parezca.

—Convenido... Aquí tenemos el café... Déjalo—ordenó al mozo—, yo lo serviré, yo colocaré las tazas... ¡Lárgate!—repitió con imperio. Y mientras el socialista ponía azúcar y vertía la infusión humeante, yo, procurando dominarme y expresarme con tono franco y cordial, dije ensordeciendo la voz, pero articulando bien:

—No trate usted de solemnizar el 1.º de Mayo... No incite usted á la huelga, ni organice manifestaciones, *meetings* ó números extraordinarios de periódicos... Procure que su nombre no aparezca mezclado directa ni indirecta-

mente en ningún complot ni en el disparo de un petardo, aunque sea de esos con que juegan los chiquillos... Entérese usted de cómo acostumbra proceder este Gobernador; decómo procedió en Guadalajara, por ejemplo, con los carlistas...

—¡Este Gobernador—interrumpió con sorna el tipógrafo—es la gran ficha! *Les* debería avergonzar mandarnos gente así, si *les* quedase cara honrada adonde saliesen los colores de la vergüenza.

—No discuto con usted la personalidad del Gobernador—respondí, poniendo á pesar mío en la entonación del *con usted* cierto desdén—; pero sea lo que quiera este Gobernador, parece que viene resuelto á no consentir que se turbe el orden en lo más mínimo. Aquí entre nosotros... sepa que háy autoridades que... que casi se alegran de hallar ocasión de hacer un escarmientito y enriquecer su hoja de servicios... Más le diré á usted, por si aún no le basta. Y es que... en las esferas oficiales... hoy... prevalece el criterio de... de no sujetarse á los medios de estricta legalidad... porque la ley... á veces... cohibe... y... En fin, que después de esta advertencia leal... usted... echará sus cuentas y se tentará la ropa.

El compañero guardó silencio, ocupado en llenar nuestras copas de coñac. Terminada la operación, irguió la cabeza y me miró un rato, frunciendo las cejas y con el rostro contraído por la intensidad de la reflexión. Así como suele verse el paso de las nubes, que ya encubren, ya

descubren un trozo de cielo, veía yo las pupilas del mozo, tan pronto luminosas como veladas por la sombra de sus turbias cavilaciones. Por fin tendió la mano hacia la copa de licor, y bebió lentamente un sorbito; se pasó la lengua por los labios, y con sonrisa agrídulce y astuta, profirió estas palabras:

—¡Cuando usted va, ya estoy yo de vuelta! Siento que me haya tomado por un infeliz... Usted calcularía: á un obrero cualquiera le engatusa... Soy de esfera superior, y éste, á mis primeras palabras, ¡boca abajo!

Se me encendieron las mejillas. El compañero, al paso que crecía mi confusión, recargaba el mortificante carácter de su sonrisita mofadora.

—De dónde saca usted...—murmuré tragando quina á grandes dosis—que mis avisos...

—¡No se moleste más, no se moleste más!—murmuró él con una ironía mansa y resignada que me cortó doblemente los vuelos—. Sería raro que á un hijo del pueblo le hablase un señorito con el alma en la lengua. Se han tragado ustedes que somos unos chiquillos, y que con gritarnos desde lejos: «ahí viene el coco» ó «mira que te encierro en el cuarto obscuro», nos ponen más blandos que un guante. Viven equivocados, y algún día se desengañarán. Con esos resortes poca carrera haría usted de mí, D. Mauro. Y más valdría, entre hombres que se afeitan, decir las cosas reales: esto, y esto, y esto, y si no lo quieres así te abro en canal... Usted no se ha llegado á este café de mala muerte para evitar que yo me comprometa el 1.º

de Mayo. Ea, le voy á dar una leccioncita de claridad y de verdad; voy á cantarle por qué viene usted... y otros secretillos.

—Si lo toma usted así...—dije, haciendo ademán de levantarme ofendido y adusto.

—No, perdone usted; yo le he escuchado y usted me ha de oír, porque supongo que á menos no lo tendrá.

—¡A menos! Haga usted el favor de dejarse de inocentadas. Ni yo me considero superior á usted, ni me acuerdo siquiera, en este momento, de burgueses y proletarios y demás andróminas. Soy un hombre que habla con otro hombre...

—Con su igual, ya lo sé—contestó torvo y ceñudo el compañero—. Con un superior en lealtad... Voy á enseñarle el juego, las cartas á la vista.

Callé porque me subían á la boca réplicas agresivas, y el anuncio de las revelaciones del socialista me interesaba demasiado para que no me contuviese.

—Si usted se ha dignado venir aquí—no me interrumpa—es porque hay en Marineda dos personas de su clase de usted...

—¡Dale con las clases!—gruñí para mis adentros, impaciente, olvidando que al entrar en el cafetucho también yo pensaba en ellas.

—De su clase de usted... y que me han cogido... un poco de asco... un respeto... en fin, boberías... Al aconsejarme que no turbe el orden, lo que usted me aconseja es que no quite el sueño á D. Baltasar Sobrado y á su futuro suegro D. Benicio Neira. ¿Acerté?

La ocasión venía rodada; el mismo enemigo me presentaba el flanco; y simulando un arranque de franqueza, respondí:

—Para que vea; acierta usted... en parte, en parte. Esas personas á quienes usted se refiere... han recibido cartas... cartas anónimas... cartas para asustar, para molestar. En ellas se habla de venganza, de justicia, ¡de muerte!, y se alude á la posibilidad de un atentado semejante á los que por medio de substancias explosivas se han cometido en Barcelona y en París. Usted en esas cartas ni aun trataba de disimular la letra; y con ellas en la mano, no este Gobernador, pero el funcionario más tolerante, encontraría tela para...

—Para echarme á presidio—pronunció con calma el compañero, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, á causa del grave giro que iba tomando nuestro diálogo—. Ya lo sé. En el terreno en que me he colocado y dada mi resolución actual, no me importaría—. Hizo una pausa, y apuró lo que restaba de su copa de coñac—. Para demostrar—prosiguió—que le doy un gran ejemplo de franqueza, le diré que lamento haber escrito esas cartas. Cuando las escribí me encontraba ofuscado, medio loco, porque tuve un arrebato... vamos, así como un calenturón... al enterarme de la conducta de mi padre—de mi padre, ya sabe usted quién es—para con mi madre. Ella, la pobre mártir, nunca me había querido contar esta historia. Cuando oyó que D. Baltasar pensaba casarse, me reveló ciertas cosas. Y claro: la primer idea,

vengarme y que saltasen todos por los aires y que se los llevase Judas al infierno. A usted le parecerá muy mal, y me creará un monstruo, una fiera; ¡pero usted qué sabe! ¡Ha nacido usted con el pan asegurado; no ha pasado frío nunca por falta de ropa; no le han escupido á la cara el desprecio, porque no tenía usted padre, y porque su madre, al darle á usted á luz, perdió la honra, su único caudal! La injusticia social no ha pesado sobre usted; por mejor decir, la injusticia social le ha sido favorable. Ha cogido usted sitio á la sombra. Yo me aguanté con la cabeza al sol, y los sesos se me requemaron. A puntapiés me destetó el pícaro mundo. Y á puntapiés me empujaría á la hoya, si yo no fuese capaz de valerme. Me valdré. ¡No faltaba otra cosa! ¿Que las leyes, que las costumbres, que todo es iniquidad? Pues me tomaré la justicia por la mano. El que viva verá lo bueno. También yo he aprendido que en ciertos casos la legalidad no vale tres caracoles. ¡Ah! Estoy decidido. Y ha de ser pronto: así como así, ¡día que se pierde, no vuelve!

—¡Chist! ¡Bajito!—exclamé alarmado, porque á pesar suyo la voz del compañero empezaba á elevarse y vibrar—. ¿Ve usted—proseguí—si vuelve á recaer en los delirios que le dictaron aquellas cartas que pueden perderle?

—Para que usted comprenda—respondió él con sombría y repentina tranquilidad—lo natural que es que á veces me vaya del seguro, como ahora, le diré que si temo ser perseguido no es por las cartas que escribí á D. Benicio

Neira. Me parece incapaz de denunciar á nadie.

—Es, en efecto, un santo.

—O un lila—redarguyó el tipógrafo sonriendo con hiel—. Lo cierto es que si de alguien recelo que me tienda asechanzas para dar conmigo en Ceuta ó Melilla, es de... de mi propio y amoroso papá... ¡Ese, ese!—repitió crispando los puños—. Ese... ¡como ese pudiera desembarazarse de mí! ¡Ah! Pero le prometo que se lleva chasco! Se ha de hablar de este asunto años en Marinada.

—Ya está usted otra vez fuera de quicio. ¡No decía usted que le pesaba haber escrito esas cartas, haber pensado en violencias?

—Y lo repito. No debí escribir tales papas, ni soñar en tal colocación de cajas explosivas. Eso se hizo, se hizo... por espantar... ¿sabe usted? y al pronto es cosa que seduce: parece que al estallar el chisme se hundirá el mundo. Pero ya va pasando el furor de la dinamita, porque resultaba una castaña de las gordas. La máquina salta ó no salta. Bueno, que saltó. Si no hace cisco al mismo que la coloca ¡y ya es suerte!... rompe cuatro vidrios, perniquebra á una portera infeliz que de nada tiene la culpa, y deja tan frescos y tan sanos á los que pretendía castigar. Y la policía le trinca á usted y le mete en chirona, y viene el juez y le envuelve... y al grillete... ó á otra cosa más fea... ¡Ah! Que vivan tranquilos, que salgan, que entren... El compañero Sobrado no pondrá bombas en el portal ni en la escalera de nadie. ¡Y en la escalera de esa casa... menos que en ninguna!

Al pronunciar esta sencilla frase, la cara del tipógrafo cambió; de alterada y contraída se volvió radiante, se dilató, y en sus ojos se descubrió de una vez limpio el trozo de firmamento. No pude dudar: *esa casa...* quería decir *la casa de Fetta*.

—Que se les pase el cerote—continuó casi afable, mirándome como con fisga—. Puede usted decirles á sus amigos... y á la autoridad, que por el compañero Sobrado ni se alterará el orden, ni estallarán petardos, ni habrá *meeting*, ni manifestación. Los demás... no puedo yo responder por ellos; por mí respondo, y mi palabra es palabra.

—¿Según eso renuncia usted á... á toda violencia?

—¡Ah! Eso no le importa á nadie, y en mi derecho estoy al callar—contestó el agitador levantándose y calando la gorrilla sobre los copiosos rizos—. Poco ha de vivir el que no lo vea. Y al Sr. de Neira... agradeceré que le diga que, lejos de intentar molestarle, me complacería servirle, y que puede disponer de mí y de cuanto valgo, y que este ofrecimiento no es palabrería, que me sale de aquí—y el compañero se golpeó sobre el corazón—. Pero si se empeña en que su hija doña Rosa ha de ser la señora de Sobrado... que pierde el tiempo. Que la busque otro marido. Y adiós, D. Mauro: celebros conocerle personalmente. Aunque sé que no vino usted para hacerme ningún favor... es lo mismo, D. Mauro. No haya rencores. Si me quiere mal, no puede hacerme daño; y si me

desea bien... no está en mano de usted mi destino. Estas me valdrán — añadió, abriendo las anchas y musculosas manos—. Amigos no podemos ser, porque esto — y sacudió su blusa — lo impide. ¡No importa; si me necesita!... Abur, ¿eh? Hasta la primera...

Fuése rápidamente, porque era la hora de su trabajo, y yo quedé más confuso que antes de venir, más picado de la víbora de los celos, cortado, preocupado, con el presentimiento de que algo serio latía bajo aquellas gastadas y cursis diatribas antisociales.

XIX

Al dejar el café reconocí que salía derrotado. La entrevista con el tipógrafo no había dado más fruto que el de redoblar mis inquietudes y exasperar mi deseo de ver á Feíta, de disfrutar la picante delicia de su conversación, y de discutir sabrosamente, pareciéndome que un palique con la chiquilla era lo único que podía quitarme la murria, y á la vez, que en ese palique descubriría yo la veta de su sentir y sabría hasta qué punto la era ó no indiferente el peligroso *compañero*. Tuve, sin embargo, valor para resistir y para recogerme aquella noche sin ceder á la tentación de presentarme en la tertulia de Neira; pero no estaba en condiciones de luchar más contra mí mismo; no en balde me había acostumbrado á darme gusto, á evitarme sensaciones penosas ó desagradables; no en balde era mi propio niño mimado. Perdemos la disciplina moral, y con ella el vigor; la *flaucia*, que nos acaricia, nos enerva.